

y tal. Otra vez la coquetería...» Pero todo escritor digno es un poco coqueto: después de un párrafo endemoniado, esperas que el escritor haga un guiño para que sigamos. Y lo hace. Las dificultades que plantea el estilo de Rafael Sánchez Ferlosio acaban siempre por convertirse en un placer. Pero hay que aprender a leerlo, como a García Calvo o a Benet.

–J. G.: *Pero ahora hablas de literatura, es decir, cuando tu lector no es un público de convencidos o de lectores viciosos, sino el señor que se toma el café por la mañana.*

–F. A.: Has cambiado de tema: una cosa es el ensayo y otra el periodismo. Ya te dije que respeto el escalafón: poesía y drama, novela, ensayo y periodismo.

–J. G.: *Pero los límites son muy borrosos entre periodismo y ensayo. Los artículos de Ferlosio en El País son ensayos.*

–F. A.: Es periodismo, si lo comparas con lo que hace fuera del periódico, aunque su calidad sea altísima. Uno de los fenómenos más enigmáticos de nuestra época es que se hayan esfumado las fronteras de los géneros, pero para trabajar en esa ambigüedad hay que tener muy claras las fronteras, y Ferlosio las conoce como nadie. Para transgredir has de conocer el límite que quieres transgredir; si no es así, sólo te agitas en la oscuridad.

–J. G.: *¿Has identificado intentos recientes de renovar el ensayo como género, con estrategias literarias basadas en la narración, o una cierta intriga, o en el fragmento, la anotación poética?*

–F. A.: La única vía real parte del conocimiento directo de la tradición clásica y sólo desde una posición sólida es aceptable lanzarse a la ambigüedad literaria. Quienes lo intentan al margen de esa tradición se delatan enseguida, pero tampoco veo demasiadas muestras de talante innovador. Cuando me propusieron escribir el *Diccionario de las artes*, deseché la idea, pero al cabo de unos días se me ocurrió que esa forma, la de «diccionario», podía servir para desordenar las ideas de manera que pudieras entrar y salir por donde te diera la gana, componerte tu propio «ensayo», y así evitar el planteamiento de una tesis. Si el libro hubiera aparecido ordenado como una tesis, al final acabarías diciendo: «¡Ah! Lo que éste dice es que el arte moderno es una mierda y se ha terminado, y lo único bueno es volver a hacer paisajes en Olot con vacas». Esa fue la conclusión de una de

las personas más tontitas de Barcelona, un comentarista de *La Vanguardia*. El libro está escrito precisamente para que no fuera posible deducir ninguna conclusión.

–J. G.: *Pero hay mucho ahí de estrategia retórica, de voluntad de disfrazar una tesis formulándola como no-tesis, diluyéndola, dispersándola sin que adopte en ningún momento una formulación categórica, pese a que sí haya una tesis implícita.*

–F. A.: Yo creo que la única tesis que se podría deducir es que, sobre «arte», nada se sabe. Sigue siendo un espacio salvaje, sin que los controladores puedan domesticarlo. Ente 1950 y 1980 se produce un acabamiento del Arte (con mayúscula, el del romanticismo y las vanguardias), que es un fenómeno interesantísimo: supone la liberación de los compromisos morales anteriores, que eran metafísicos, sobrehumanos. A partir de la Segunda Guerra Mundial muchos artistas se pasan, de hecho, a la filosofía. Los conceptuales, muchos *minimal*, bastantes *performances*, se plantean problemas puramente filosóficos. Cuando antes hablábamos del ensayo pensaba en este campo absolutamente inédito, el de la teoría que se expresa mediante las artes plásticas. Aunque lo cierto es que el 90% de las *performances* y las *instalaciones* no hacen teoría sino moralina. Lucha contra el SIDA, niños maltratados, mujeres sometidas, etc.

–J. G.: *En cambio, antes descartabas la posibilidad de que el ensayo tuviese alguna entidad literaria en el periódico.*

–F. A.: Y también está el ensayo en cine, vídeo o internet. Guy Debord tiene un ensayo en vídeo, tan excelente como cualquiera de sus libros. Pero el periodismo busca la máxima divulgación y el máximo público. El escritor responsable, no el que quiere ir por la vida de genio, evidentemente está obligado a descender un escalón porque ya sabe que el público del periódico es un lector apresurado y efímero. En la actualidad, no hay más poder que los medios de comunicación y evidentemente están en manos de las grandes corporaciones transnacionales. No pertenecen a ninguna nación ni a ningún Estado. Con respecto al pasado, tienen la ventaja de que ya no son propiedad personal, familiar, hereditaria, sino que son cambiantes. Los consejos de administración no son heredables. Cualquier papel que publiques en los medios de comunicación será siempre utilizado por parte de un poder antidemocrático porque así es el poder. Esta conciencia hace que colaborar en los medios sea un ejercicio moral erizado de complicidades.

Es indudable que la mayor parte de las «opiniones» que vertemos en los diarios deben dar un ataque de risa a los propietarios o accionistas. En ese aspecto soy mucho más cínico que otros escritores, enemigos de escribir en la prensa. Conozco a muchas personas de una inteligencia extraordinaria que escriben maravillosamente y que jamás escribirán en los periódicos por razones morales. Me parece bien, no les critico.

–J. G.: *¿No son irredentos?*

–F. A.: ¡Lo son, lo son! Son los irredentos de los que hablábamos al principio, por supuesto. Pero yo no tengo coraje moral. Soy más laxo. En donde se abre una grieta interesante es en internet porque de momento no está controlado. La Telefónica te cobrará el servicio, pero el contenido no le pertenece. Supongo que deben estar como locos buscando el modo de controlarlo. En el momento en que introduzcan el pago en internet es inevitable que se convierta en un mercado inmenso, comodísimo, estupendo. Incluso puedes llegar a una clientela desconocida, y potencialmente superior a la que proporcionan los impresos. En la red es posible que esa literatura difícil, «artística», encuentre un refugio cada vez más escaso en el ámbito editorial. Sea éste un final optimista.



Jorge González Salvador: Figurín para *Historias del fin del milenio* (Grupo Jaujarana)